

LA FUENTE DE LA VIDA ES SUEÑO DE CALDERON

El título de este trabajillo, que escribo con gran placer en honor de uno de los sólidos eruditos de Colombia, no me gusta de todo. Y digo que no me gusta porque mi experiencia de treinta años en la enseñanza universitaria me ha convencido de la poca importancia de la *f fuente*. Se olvida muy frecuentemente lo que hay de común en la naturaleza humana, y lo fácil que es que a escritores a cien mil leguas de distancia se les ocurran las mismas cosas. Por eso sería difícil, en el sentido estricto de la palabra, probar la originalidad absoluta de escritor alguno en lo que se refiere a los elementos primordiales de su obra. ¿Es acaso Dante original en la misma concepción de la *Divina comedia*? ¿No nos dice él mismo que fue Virgilio su maestro? ¿No hay antecedentes de su obra en las leyendas medioevales y, como ha probado Asín, en la *Escatología musulmana*? ¿Diremos por eso que Dante no es original, y que su obra no es un monumento eterno de belleza incomparable? Lo mismo se puede decir de Shakespeare, de Goethe, y de todos los grandes genios de la humanidad. ¿Qué importa que hayan sacado las piedras y los mármoles para el edificio de su pensamiento de diversas canteras? ¿Acaso porque sepamos hoy el número, la calidad, y aun el talle de los mármoles del Partenón, podremos construirlo sin poseer el genio arquitectónico de los griegos?

No está la originalidad en literatura ni en las ideas ni en el asunto, sino en la emoción y en el sentimiento, que es lo verdaderamente personal, y lo que constituye la verdadera grandeza de un escritor. Desde que el hombre piensa y discurre sobre la tierra, no ha elaborado más de media docena de ideas nuevas; y sin embargo, con esa media docena de ideas, se han escrito

la *Iliada* y la *Encida*, la *Divina comedia* y *Don Quijote*, *Hamlet* y *El Burlador de Sevilla*, *Fausto* y *La vida es sueño*. Y no por eso ha de decirse que los genios que han creado tales maravillas no han hecho otra cosa que copiarse o imitarse unos a otros.

En la actualidad, y desde hace bastante tiempo, en las Universidades de los Estados Unidos, se da exagerada importancia a las fuentes, catálogos, bibliografías y demás adminículos externos de la obra de arte, olvidando con frecuencia el pensamiento del autor y las bellezas de la obra. Creo que esto es una calamidad pública. Menéndez Pelayo decía en memorable sesión de la Real Academia Española, el 27 de octubre de 1907: "Bien sé yo que hay cierto género de trabajo muy honrado y respetable a no dudar, que de ningún modo está vedado al más prosaico entendimiento, cuando tenga la suficiente dosis de paciencia, de atención, de orden, y, sobre todo, de probidad científica, sin la cual todo el saber científico del mundo vale bien poco. Aplaudo de todo corazón a los tales y procuro aprovecharme de lo mucho que me enseñen, pero nunca me avendré a que sean tenidos por maestros eminentes, dignos de alternar con los sublimes metafísicos, con los poetas excelsos, y con los grandes historiadores y filólogos, los copistas de inscripciones, los amontonadores de variantes, los autores de catálogos y bibliografías, los gramáticos que estudian las formas de la conjugación en tal o cual dialecto bárbaro e iliterario, y, a este tenor, otra infinidad de trabajadores útiles, laboriosísimos, beneméritos de la república de las letras; pero que no pasan, ni pueden pasar de la categoría de trabajadores, sin literatura, sin filosofía, y sin estilo...".

Si se aplicase este criterio del insigne maestro a varias universidades de este país la mayoría de los profesores se quedarían sin puesto. Pero dejemos esto, acerca de lo cual podría referir anécdotas sabrosísimas. Azorín dice gran verdad al encarecer la revisión de nuestros clásicos. La vida, el pensamiento, y el sentimiento español de los siglos XVI y XVII fue mucho más religioso de lo que ordinariamente se cree. Sin negar que había vicios y varios claustros de Monipodio donde se enseñaba la picardía por principios y Súmulas, el hecho es que la preocupa-

ción fundamental del español de esos siglos era la salvación del alma. Creo haber demostrado esto en mi libro *The Mystic Soul of Spain*. Sin conocer a fondo los escritores místicos, ascéticos, y teólogos de primera talla no se puede entender sagazmente el contenido de nuestras obras clásicas. Creo ser esto una verdad de cajón, como suele decirse. Y lo he demostrado en las varias tesis doctorales que he dirigido en la Universidad Católica de América. Pero es el caso que cuando comienza la crítica literaria, desde la última mitad del siglo XVIII hasta los tiempos presentes, la cultura propiamente llamada religiosa se relegó a los seminarios y conventos, y aun allí en muchos casos, andaba de capa bastante caída y por consiguiente se han dicho desbarros de marca mayor. Los casos que podría citar de algunos críticos tenidos por eminentes serían en extremo relevantes. Sobre los orígenes de *La vida es sueño* hay dos obras sobre las cuales quiero llamar la atención por ser las que más seriamente han tratado de llegar a su verdadero origen: la del eminente hispanista Farinelli y la más modesta del P. Félix Olmedo.

Farinelli ha examinado infinidad de obras y tradiciones sobre el asunto; es una obra de paciencia benedictina y de gran mérito; pero no da en el clavo. La erudición, como decía Chesterton, a veces se parece o se convierte en una selva frondosa que nos impide ver la salvadora vereda. Creo que este es el caso de Farinelli. Es más extraño que al jesuita Padre Olmedo, con mucha más erudición religiosa, se le escaparan los *Sermones* de San Agustín, tan en boga en tiempo de Calderón. Fascinado por los predicadores de los siglos XVI y XVII no se le ocurrió que el gran Calderón hubiera saboreado, como he saboreado yo, aquella mina inagotable de doctrina Cristiana.

Veamos pues lo que dice San Agustín en el Sermón cccxlv (alias inter Sirmodianos, 32):

DE CONTEMPTU MUNDI

I. Praesens vita spe futurae vitae contemnenda. Divitibus vita haec somnus.

Loquar Charitati vestrae, fratres, quod pertineat ad contemptum praesentis saeculi, ad spem futuri saeculi. — Si quaeris quid contemnas, omnis martyr vitam praesentem contempsit; si quid speres, resurrectio-

nem dico, quia hodie Dominus resurrexit. — O tu homo, si titubas in re, esto firmus in spe; si autem te opus turbat, erigat ipsa merces. — Nos quoque admonet Apostolus, cum praecipit Timotheo dicens: "Praeceptis divitibus hujus mundi, non superbe sapere, neque sperare in incerto divitiarum, sed in Deum vivum, qui praestat nobis omnia. Divites sint in operibus bonis, facile tribuant, communicent, thesaurificent sibi fundamentum bonum, ut apprehendant veram vitam" (I Tim., VI, 17-19).

Et maxime hoc divites audire debent. — Audite, divites, qui aurum et argentum habetis, et tamen cupiditate ardetis; quos quando pauperes intuentur, murmurant, gemunt, laudant et invident; aequari optant, et impares se dolent; et inter laudes divitum hoc plerumque dicunt, Soli isti sunt, ipsi soli vivunt. — Pro his verbis, quibus homines tenues divitibus adulantur, cum dicunt, Isti soli vivunt; ne in superbiam erigamini, o vos divites: sed potius Apostolum audite, morbi curatorem, et non verbi adulatorem. — Vita ista somnus est: divitiae istae velut in somnis fluunt. — Paulus dicit, "ut apprehendant vitam veram". — Paulus audite, et superbire nolite. — Audi et Psalmum, o tu dives pauperrime; quid habes, si Deum non habes? vel quid non habes, si Deum habes? — De divitibus dicit Psalmus, "Dormierunt somnum suum, et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis" (Psalm., LXXV, 6).

Aliquando et mendicus in terra jacens et frigore tremens, occupatus a somno thesauros somniat; gaudet, exultat, superbit, et patrem suum pannosum videre indignatur. — In somnis est quod vides, o tu mendice, qui dormis et gaudes. — Tamen, donec evigilet, dives est: cum dormierit, invenit quod certum doleat. — Dives ergo moriens, similis est illi pauperi dormienti et thesauros somnianti. — Nam ille dives, qui induebatur purpura et bysso, nec nominatus, nec nominandus, contemptor pauperis ante januam jacentis, epulabatur quotidie splendide; postea mortuus est, et sepultus: evigilavit, et se in flamma invenit (Luc., XVI, 19-24).

Dormivit somnum suum, et post somnum nihil invenit; quia nihil operatus est de manibus suis, id est, de divitiis suis.

SANCTUS AUGUSTINUS., *Serm.* CCCXLV, n. 1. (P. L. Vol. 39, col. 1517-18).

Daré la traducción en castellano para que las cosas queden claras:

Hermanos, voy a hablaros sobre el desprecio de este siglo y sobre la esperanza del futuro. Si buscáis qué despreciar o desdeñar, sabed que los mártires en nada estimaron esta vida; así que esperad, ansiad la resurrección. Cristo resucitó. Oh tú que dudas, sé fuerte en la esperanza; si el trabajo te agobia, aliéntete la recompensa.

El Apóstol nos impone a nosotros el mismo mandato que dió a Timoteo: Di a los ricos de este mundo que no se ensoberbezcan ni esperen en lo incierto de sus riquezas; sino que esperen en el Dios vivo,

que es quien lo da todo. Que se ejerciten en buenas obras, que repartan con liberalidad, que hagan comunes sus haberes, para que así, bien fundamentados, consigan la Vida Eterna. Y esto óiganlo especialmente los ricos. — Oidlo vosotros los que tenéis oro y plata estando aún vuestro corazón ardiendo en avaricia. Vosotros de quienes al veros los pobres murmuran, o a quienes adulan o envidian, ansiando igualaros, abatidos por la tristeza considerándose inferiores. — Vosotros de quienes dicen con frecuencia: Sólo ellos campan; sólo ellos viven . . . — Cuando oigáis estas palabras, adulación de los débiles, "sólo ellos viven" no deis lugar al orgullo, oh ricos. Oid más bien al Apóstol que sabe curar sin halagos. *Esta vida es un sueño*; las riquezas desaparecen como en sueño. Pablo dice: "para que consigan la vida verdadera". Escuchad a Pablo; no sucumbáis a la soberbia.

Fija también tú atención sobre el Salmo, oh rico miserable: ¿Qué tienes si no tienes contigo a Dios? ¿O de qué careces si Dios es tuyo? De los ricos dice así el Salmo: Durmieron su sueño; mas al despertar, nada hallaron en sus manos (*Psalm. LXXV, 6*). *Sucede que a veces un mendigo yaciendo en tierra, aterido de frío, durmiendo, sueña con tesoros y se regocija y se engríe y hasta llega a avergonzarse de su padre a quien ve envuelto en harapos. . . Es en sueños donde ves todo eso, oh por Dios que duermes y te llenas de contento. Pero hasta que despiertes, rico es el pobre; mientras duerme encuentra lo que le dolía no hallar cuando despierto.* Es el rico al morir lo que es el mendigo soñando. Pues aquel potentado que vestía púrpura y sedas, cuyo nombre ignoramos, y que despreciaba al pobre humillado al umbral de las puertas de su palacio; aquel potentado que cada día se regodeaba en suculento banquete, al morir despertó ardiendo en llamas. Durmió su sueño; pero nada encontró al despertar porque no dio ocupación a sus manos; porque no repartió sus riquezas.

Después de leído atentamente este sermón o plática de San Agustín, creo que el lector menos avisado, verá, con claridad meridiana, que, si hay *fuentes*, aquí bebió Calderón muy a su sabor y antojo.

Tenemos en primer lugar, el título del drama: *La vida es sueño*. *Vita nostra somnus est*, dice San Agustín. Y escribe Calderón:

¿Qué es la vida? Un frenesí.
 ¿Qué es la vida? Una ilusión,
 una sombra, una ficción,
 y el mayor bien es pequeño;
 que toda la vida es sueño,
 y los sueños, sueños son.

El pobre mendigo soñando en riquezas, cuando en realidad está dormido, es la imagen acabada de Segismundo. Dice Segismundo en la escena XIX, jornada II:

Es verdad; pues reprimamos
 Esta fiera condición,
 Esta furia, esta ambición,
 Por si alguna vez soñamos;
 Y sí haremos, pues estamos
 En mundo tan singular,
 Que el vivir sólo es soñar;
 Y la experiencia me enseña
 Que el hombre que vive sueña
 Lo que es hasta despertar.
 Sueña el rey que es rey, y vive
 Con este engaño mandando,
 Disponiendo y gobernando;
 Y este aplauso que recibe
 Prestado, en el viento escribe,
 Y en cenizas le convierte
 La muerte (¡desdicha fuertel!);
 ¿Qué hay quien intente reinar,
 Viendo que ha de despertar
 En el sueño de la muerte?
 Sueña el rico en su riqueza,
 Que más cuidados le ofrece;
 Sueña el pobre que padece
 Su miseria y pobreza;
 Sueña el que a medrar empieza,
 Sueña el que afana y pretende,
 Sueña el que agravia y ofende,
 Y en el mundo, en conclusión,
 Todos sueñan lo que son,
 Aunque ninguno lo entiende. . .

Hase de notar, que toda la esencia del drama está en este soliloquio del príncipe Segismundo. Es decir: "que esta vida es ilusoria; que en sueño vivimos. Si pues en sueño vivimos a vigilia hemos de venir cuando despertemos, que será con la muerte, hallándonos con las manos vacías. Hasta que despierte: Quién más feliz que el mendigo a quien se le ofrece una fortuna en su sueño? Dormido cree llevar preciosos vestidos y usar vaso de oro y plata; cree solazarse en amenos campos y que le obsequien familias de alta alcurnia. Mas al despertar

llora desconsolado. Más aún, se indigna contra el que le sacó de aquel sueño delicioso, como se irritaría contra quien le robase de sus prendas despierto". (San Agustín, *Sermón 39, Patrologia latina*, vol. 38, col. 243). San Agustín insiste varias veces sobre este punto de comparar nuestra vida con un sueño. Que Calderón leyó los sermones de San Agustín y otras obras del Doctor de la Gracia lo ha demostrado hasta la saciedad el profesor Parker de Cambridge en sus obras sobre los Autos Sacramentales de Calderón.

Creo, por tanto, que, la raíz, el leitmotif de *La vida es sueño*, lo tomó Calderón de los sermones de San Agustín.

DAVID RUBIO, O. S. A.

Catholic University of America.